

***CUENTO DE
CUENTOS***

FRANCISCO DE QUEVEDO

DONDE SE LEEN JUNTAS

*las vulgaridades rústicas, que aún duran en nuestra habla,
barridas de la conversación.*

A Don Alonso Messía de Leyva.

La habla que llamamos castellana, y romance, tiene por dueños todas las naciones, los árabes, los hebreos, los griegos. Los romanos naturalizaron con la victoria tantas voces en nuestro idioma, que le sucede lo que a la capa del pobre, que son tantos los remiendos, que su principio se equivoca con ellos.

En el origen della han hablado algunos linajudos de vocablos, que desentierran los huesos a las voces; cosa más entretenida, que demostrada; y dicen, que averiguan lo que inventan.

También se ha hecho tesoro de la lengua española, donde el papel es más que la razón; obra grande, y de erudición desaliñada.

Ninguno ha escrito gramática, y hablamos la costumbre, no la verdad, con solecismos, el alma decimos: y supuesto que el alma bueno, no se puede decir; el que es artículo masculino, ha de ser la, y pronunciar la alma.

No quiero nada, peca en lo de las dos negaciones, y debe decirse: Quiero nada.

Bien considerable es el entremetimiento desta palabra, mente, que se anda enfadando las cláusulas, y paseándose por las voces, eternamente, ricamente, gloriosamente, altamente, santamente, y esta porfía sin fin. ¿Hay necedad tan repetida de todos igualmente, cosa, que algún lector se me quiera excusar de no haberla dicho? Malhablado llaman al que habla mal, habiéndole de llamar, mal hablador.

Mire lo que le digo, decimos todos, por óigame; pues no se parecen los ojos, y las orejas. Aqueste, por este; agora, por ahora: son infinitas las voces, que pudiendo escoger, usamos lo peor. ¿Hay cosa como ver a un graduado, con más barbas, que textos, decir enfurecido: Voto a Dios, que se lo dije de pe a pa? ¿Qué es pe a pa, licenciado? Y para enmendarlo, dice, que se está erre a erre todo el día. ¿Qué será, no dar a uno una sed de agua, que tan frecuente se oye en las quejas de los amigos, y de los criados? Y hacer bailar el agua delante, ¿es a propósito?

Encarece uno su verdad, y dice: Yo le dije dos por tres. Y decir dos por tres; ¿quién negará, que no es decir una cosa por otra? Había de decir: Yo le dije dos por dos.

¡Pues uno, que encareciendo su diligencia, dice, que vino en un santiamén!, deben de tener los santiamenes gran paso. ¿Y los que para

encarecer su prudencia, dicen, que lo escogieron a moco de candil? ¡Miren qué juicio tendrá un moco de candil, para escoger!

Un enojado, que dice a otro, que le trae sobre el ojo, es, con perdón, llamarle nalgas. Que para decir que le atiende, lo propio era traer los ojos sobre él. Y el blasón tan presumido de tener sangre en el ojo, más denota almorranas, que honra. Y pierdo doblado, si lo juzgan los pujos; hablen cartas, y callen barbas, sin haber quien haya oído decir a las barbas, esta boca es mía, aun cuando las caldean, y las rapan; ¡qué de hombres se hacen mojígatos, y nadie sabe qué son estos gatos moji!

Verse, y desearse, no pasó de Narciso. Poner pies en pared, no sirve de nada, y yo lo he probado, viéndome en trabajos, ¡como oía decir: no hay sino poner pies en pared!, y sólo sirve de trepar, o dar de cogote. Andar la barba sobre el hombro, quien lo tuviere por buen consejo, lo pruebe, y andará hecho corderito de Agnus Dei. Diome un remoquete, es dádiva de catarro.

Llevar la sogá arrastrando, dicen que es la mayor desdicha. Yo he llevado arrastrando sogas, y hallo que es peor que la sogá, lleve arrastrando al hombre. Para decir, que uno es muy malo, dicen, que ni teme, ni debe, ¿puede ser mayor necedad? ¿Pues sólo es bueno el que ni teme, ni debe? Habían de decir: que ni teme, ni paga. Y esto pregúntenselo a los mercaderes, y a todos los que fían. No me lo harán creer cuantos aran, y cavan. ¡Considere vuesa merced, qué letrados, o teólogos, buscó, sino gañanes! ¿Vuesa merced ha visto algún bazo cagado? Que yo no sé por dónde entran a proveerse en un bazo. ¿Hay cosa tan mortal como zas? Más han muerto de zas, que de otra enfermedad. No se cuenta pendencia, que no digan: y llega, y zas, pistas, y cayó luego.

No es el mundo tan grande como tris. Todo está en un tris. Y no hay dos trises. Estaban en un tris. Estuvo toda la ciudad en un tris. Todo el reino estuvo en un tris. ¿Y espantaranse de que la Fénix sea una, siendo el tris uno siempre?

¿Y aquellos majaderos músicos, que se van cantando las tres ánades madre, que no cantarán las dos, si los quemán, ni la cuarta?

Considere vuesa merced el buen talle destas voces, que se nos hacen reacias en la lengua, y no las podemos escupir: Zurriburri, a cada triquete, traque barraque, zis, zas, zipizape, a barrisco, irse a chitos, chichota, con sus once de oveja, trochemoche, y cochite hervite.

Es decir, que no tienen desvergüenza para deslizarse en una historia, y entremeterse en un Sermón; y están ya tan halladas, que pocas plumas las desdeñan.

Y para ver a cuál mendiguez está reducida la lengua Española: considere vuesa merced que si Dios, por su infinita misericordia no nos hubiera dado estas dos voces; ahora bien, nadie se pudiera ir, ni se despediera de una conversación. Todos dicen: Ahora bien, ya es hora. Ahora bien, ya es tarde. Ahora bien, ya vuestas mercedes querrán cenar. Y hay hombre, que por no acordarse dellas, se detiene, hasta que enfada, y mata; y en topando con su ahora bien, se va.

Yo, por no andar rascando mi lenguaje todo el día, he querido espulgarle de una vez en esta jornada, donde yo sólo no tengo que hacer. Y en este cuento he sacado a la vergüenza todo el asco de nuestra conversación; que si no tuviere donaire, ni mereciere alabanza no carece de estimación el trabajo, en recoger tan extraños desatinos. Ahora va este papel haciendo lugar a obra más de veras, en que trataré (ni sé si tan docto como desvergonzado) que ni sabemos deletrear nuestra cartilla, ni razonar con la pluma. En tanto vuesa merced, que hace buena acogida a mis borrones, se divierta, y tenga larga vida, con buena salud.

Monzón 17 de Marzo de 1626.
DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS

CUENTO DE CUENTOS

Ello se ha de contar; y si se ha de contar, no hay sino sus manos a la obra: Digo pues, que en Sigüenza había un hombre muy cabal, y machucho, que dizque se decía Menchaca, de muy buena cepa. Estaba casado con una mujer, y esta mujer era mujer de punto, y más grave que otro tanto: Llámese como se llamare. Tenían dos hijos, que como digo, gran pintiparados; y no le quitaban pizca al padre. El uno dellos era la piel del diablo; el otro, un chisgarabís, y cada día andaban al morro, por quítame allá esas pajas. El menor era vivo, como una cenbra, y amigo de hacer tracamundanas, y baladrón. El padre lo sentía a par de muerte, mas él, ni por esas, ni por esotras. El mayor era hombre de pelo en pecho, y echaba el bofe por una mozuela, como un pino de oro delicada, ve me no me tengas alharaquenta. Era viuda, y su marido, como digo de mi cuento, murió; y dizque se tuvo barruntos, que ella le había dado con la del martes. Estuvo en un tris de suceder una de todos los diablo. El padre, que era marrajo, lloraba hilo a hilo, e iba, y venía en estas, y esotras.

Y un día, entre otros, que le dio lugar la murria, le dijo su parecer de pe a pa; y seco, y sin llover, mandóle que se metiese en un convento. Al proviso ella le cerro de campiña; y allí se estuvieron herre que herremuchos días, hasta que el padre, que ya estaba atufado, la dijo; que por tantos, y cuantos, que había de hacer, y acontecer; ver, veamos si han de ser tijeretas; y en justos y en verenjustos, dio con ella en una recolección. Era la Pupilera mujer de chapa, y no amiga de carambolas, y el Licenciado persona de tomo, y lomo. La moza que vio esto, viene, y toma, y ¿qué hace?; y sin más, ni más, como quien no quiere la cosa; escribe a su galán, que ya andaba con mosca, diciéndole, que todo era agua de cerrajas, y que ella había puesto pies en pared; y que quisiese, que no quisiese, se iría con él al cabo del mundo cantando las tres ánades madre, que atase el bien su dedo, y se riese de toda la zalagarda, y traque barraque. Y sí Señor.

Pues el diablo del mozuelo, que estaba más enamorado, que otro tanto, y estaban sobre las afufas; como se vio señor del argamandijo, no hacía más de a trochemoche escribirla billetes, y más billetes, y ella leer, que leerás, a tontas, y a locas. Pues como digo, yendo días, y viniendo días, la Pupilera, que tenía pulgas, soltó la tarabilla, y la dijo rasamente, que ella era mujer de sangre en el ojo, y que con ella no había cháncharras máncarras, que anduviese con pie de plomo, y la barba sobre el hombro, porque de manos a boca haría un hecho que fuese sonado. La mozuela, que era sacudida, casi, casi estuvo para envedijarse

con ella, y levantar una cantera de todos los diablos. Ella se resolvió en decirle, que para qué eran tantos arremuescos, y dingolondangos, siendo todo un papasal; y sepa, que ya estoy el agua hasta aquí. Hacía grandes extremos, diciendo, que bien entendía la zangamanga. La Pupilera lo quiso meter a barato, negando a pie juntillas cuanto ella había dicho. El otro hermanillo, que se venía al husmo, se hizo mequetrefe, y faraute del negocio, y por apaciguarlas, empezó a darlas ripio a la mano a sabiendas.

La Pupilera se hacía carne llorando, de ver el murmullo, y la tabaola, que habían metido en su casa. El hermanillo, por desmentir espías, la empezó a traer la mano sobre el cerro. Y en estas, y esotras cata que hace el diablo; hételo el padre, sin más, ni más; atolondrándose todos, y en volandas, llegaron a las inmediatas. Dijéronse los nombres de las fiestas, si ha de salir, no ha de salir. Yo saldré, dijo la viuda, zurriando como un rayo; mas para esta. Aquí fue ello, que como la mala moza, no las tenía todas consigo, empezó a tartalea, y dizque dijo: ¿Qué ha de haber? Miren quien se mete en docena: Yo la aseguro, que ha caído la viudica en el mes del obispo. Tanto monta, dijo la mozuela; y replica la Pupilera, no sino el alba. El hermanillo, viendo qua andaban al morro, voto a tal, y a cual, que todo lo había de llevar a barrisco. ¿Que es a barrisco, en mis barbas?, dijo el padre: y casi llegó a punto crudo el Licenciado, cuando andaba el zipizape. Metiólos en paz, mas a cada triquete andaban a mía sobre tuya. Y viendo el pelotero, llevósela el padre a su casa, porque no se metiese en dibujos. Y en llegando tris tras a la puerta, el viejo tenía barruntos de que un hermano de la mozuela, que no la quitaba pinta, y tenía muy malas mañas, enguizgaba el negocio, no quiso abrir. Esto fue el diablo, que empezó a decir (y ahora es, y no acaba) que no había de dejar roso, ni vellosos ni piante, ni mamante, y que los había de traer al retortero a todos, y salga si es hombre. El pobre Padre no hacía sino chitón, como entendía el busilis. La hija, que olió el poste, y hendía un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo, que el padre la menearía el zarzo; ¿qué hace?, sino vase a chitos. El picarón, por no hacer una borrhumbada, dijo: ¡Arda Bayona!, y esos turrónazos no con miquis, y acogiese calla callando. Iba la hija saltando bardales, sin decir oxte, ni moxte, en busca del bribón, corriendo a puto el poste, con la lengua de un palmo.

Desto los vecinos tomaban el cielo con las manos, y se desgañifaban, y andaban unos en pos de otros zahiriéndose. No nos hable con consonantes, dijo uno, que al cabo al cabo, ha de venir a la melena.

Decía ella, no dijera más pateta; yo he de hacer mi gusto, y esotro es cosa de morenos, y no quiera cuentos con serranos. Y de una hasta

ciento, que se descalzaban de risa de ver al viejo hecho de hieles; y a ella, que se iba a cencerros tapados, con un zurriburri refunfuñando.

El Licenciado, que pensó que ya mordía en un confite, y que eran uña, carne, con mucha sorna se vino mano sobre mano, hecho gatica de Juan Ramos, diciendo entre si: Yo la haré la tal por cual, que muerda en el ajo. El padre que le vio venir lo de mi suegro, y le traía entre dientes, empieza a dar voces y alaridos, y alza Dios tu ira; y a diestro, y a siniestro le puso del lodo, asiéndosele de los andularios, que no pedían desengarrarle, según tenía la hinchá con él.

El Licenciado daba los gritos., que los ponía en el Cielo, mas no se dormía en las pajas. Allí fue ella, que el compañero, viendo, que andaban a pescuezo, le dio un pan como unas nueces, sin irle, ni venirle. A la tabaola se entró un vecino con sus once de oveja, muy sobre faltado, y de hoz, y de coz se metió donde no le llamaban. Quiso embestir, mas el bribón puso haldas en cinta. Dijo el pobrete: yo soy hombre de pro, y conmigo no hay levas. Yo, ¡pajas! dijo el bribón, y asentóle un tanto. El pobre no chistó, ni mistió, y volvióse dado a perros, y jurando, que le había de dar su recado; y sobre esto hubo la mayor turbamulta del mundo.

Mas viendo la mozuela, que el bribón la daba en el chiste, estuvose acurrucada, por excusar dimes, y diretes.

El picarón andaba listo, como una jugadera, de ceca en meca, engolondrinado, dándose tantas en ancho, como en largo, que le podían hender con una uña.

Esto ha de dar un crujido, dijo el hermanillo, que estaba de manga. El padre pensaba, que tenía el oro, y el moro, y estábase en sus trece, diciendo; que si le hacían, habían de ir rocín, y manzanas, con todos los diablos, y echó de la oseta.

La viuda, y el que nos vendió el galgo, digo, el bien hadado del novio, se dieron sendos remoquetes, acerca del casamiento, que se estaba en jerga.

Era el bellaco socarrón, y mal hablado, y dijo, que no le cagasen el bayo, que no era barro casarse, y que él no se había de casar a medio mogate; no mas de llegar; y zascandil, a osadas, que lo entiendo todo.

Saltó el Licenciado, y díjole, ¡gentil chirrichote!; danle una moza como mil relumbres, hija de sus padres, más rubia que las candelas, que no sabe lo que fe tiene, echa de cera, que le viene de molde, ¿y hacese de pencas? ¿Para que es tanto lilao? Sino a ojos cegarritas, déjese de recancanillas, y cásese, pues le viene muy ancha.

Atolondrado el novio, así como oyó decir, que le vendría muy ancho, dijo: Tras que me venga muy ancho ando yo, déjenme, que lo meteré todo a la venta de la zarza, y volverémos las nueces al cantaro.

Púsose el bribón más colorado que unas brasas, y dijo : Que llevado por bien, harían dél cera, y pabilo, y que le diría todo lo que deseaba saber, sin faltar chichota.

El bergantón le dijo dos por tres, que mentía; y sino lo ha vuesa merced por enojo, se tornaron a envedijar, y andaban al pelo.

El Licenciado, que vio la barahúnda, echolo a doce: El hermanillo cascó la molleta al cuñado. Todos andaban hechos una pella, y al estricote.

Pues ve aquí vuesa merced, que sino es por la viuda, el Licenciado paga el pato, con todo su apatusco. El echaba de vicio, y ella le cantaba la sorna, diciendo: Que más quería andarse a la flor del berro, y que me se yo.

En esto estaban, a toca, no toca, cuando a la zacapela, que traía la gente bahúna, vino un alguacil en un santiamén, y un escribano en volandas, raspahilando, y dijeron: Que de atrás los traían sobre ojo, y que no dejarían de embocar la moza en la cárcel, por todos los haberes del mundo, que bastaba la mueca.

El Licenciado replicó, que no se había de hacer todo cochite hervite. Mirábale de hito en hito el hermanillo. El escribano estaba con el ojo tan largo. No estoy de gorja, dijo el padre, ni me mamo el dedo.

Empezó el maridillo a echar verbos; ¿alguacil en mi casa? Y en esto iba, y venía. Yo traigo un mandamiento tan gordo, que no vengo a humo de pajas, dijo el Escribano.

¿Mandamiento?, dijo el Licenciado. No me lo harán en creyentes cuantos aran, y cavan; y sobre esto se batió el cobre lindamente.

Dijo el alguacil: Yo no doy mi brazo a torcer. Replicó el hijo: Ni yo me dejo agraviar en el blanco de la uña; y esta casa no es como quiera, y míreme a la cara. ¿Que quería? ¿Llevarse de bóbilis bóbilis mi hacienda? Antes me dejaré hacer trizas; y advierta, que no somos todos unos, y me matará; con mi padre en dos paletas, y me haré añicos.

¡Arda Bayona!, dijo el Alguacil, que estoy ya hasta el gollete, y he de hacer mi oficio. El Escribano estaba de mampuesto, diciendo: Que no le untasen el casco, que les pegaría a mantiniente con la de rengo.

El hermano se fue rabo entre piernas; el maridillo echando chispas, y todos se quedaron en jolito. Entonces la moza habló al Alguacil muy sobre peine, y le aconsejó, que no se anduviese regodeando; y que se acordase de la de marras, y que era todo fruslera, y que no había de tener más así, que asado, que toda era gente honrada, escogida a moco de

candil, y personas de chapa. El Alguacil gritaba, como un descosido, viendo que la mozuela le había dado entre ceja, y ceja con la de marras; y tomó la hinch con ella. El Escribano decía, que no se la había de cubrir pelo. La madre, y el padre, que se estaban a más, y mejor, dijeron: Esto va de rota, no hay sino hacer de las tripas corazón, y ojo al badil girando, no me hagan, que echaré por esos trigos; y a toda ley, ave de tuyo.

¿No ha de mediarse esto?, dijo el Licenciado, viendo la escarapela. Empezaron todos a encogerse de hombros, y a decir, que se crujía cierta cosa; y que aunque no importaba un bledo, bastaba el runrún y el qué dirán: Y que si no se estorbaba, era fuerza que el Alguacil llevase una tunda de coces.

Él no dijo, esta boca es mía, y tieso, que tieso. Ahí me las den todas, decía el bribón que en manos está él pandero, etc. No lo dijo a sordos, que se quemó de oírlo el Escribano, y le dijo: Para mí no son menester tantas arengas, que sé dónde me aprieta el zapato. Y lo que apuntó la Señora, lo tengo al cabo del trenzado; pero las razoncitas yo las guardaré, como oro en paño. Alegrose la pajarilla al Alguacil, y dijo: Yo los meteré en pretina, o podré poco. Yo les haré, dijo el Escribano, que me baile en el agua delante, y los dejaré en el pelo de la camisa, que no ha de ser todo cháncharras mácharras, y basta la trisca. Oyó el padre lo que trataba, y dijo: Oxte puto, mas a mí no se me da un ardite, que ni temo, ni debo, y al cabo habrá dello con dello.

¿No daremos un corte en esto? (Dijo el Licenciado) cuando a sabiendas, el mozuelo, muy remilgado, y cariacontecido, dijo: Que estaba entre dos aguas, y dos dedos de irse por ese mundo adelante, en justos, y en creyentes, que estaba cansado de traer los atabales a cuestras. ¿Quién fuiste tú, que tal dijiste? No es creíble la cólera del padre, pues llegándose a él le asentó una tabalada. Él no chistó. ni mistó. ¡Bergante! (decía el viejo) téngote como cuerpo de Rey, comiendo mil gollorías: dándote conejo por barba, y perdices como tierra, y vino como agua, repapilado, y hecho un trompo, vestido a las mil maravillas, la casa como una colmena, ¿y tanto lilao? Mírame a la cara, que el casamiento se ha de hacer de haldas, o de mangas. Quitáos de cuentos, y no andéis en tanto, más cuanto, que se me va subiendo el humo a las narices, y conmigo no tenderéis un sí es, no es.

Entre éstas, y estotras entrose de claro en claro una fregona, con un canastillo, que se venía a los ojos, y unos bizcochos, que saben que rabian, y yo me comía las manos tras ellos. Anduvimos a la arrebatina, y no fueron vistos, ni oídos. Traía un billete de la Pupilera para el Licenciado; diósele, y él dijo: Hablen cartas, y callen barbas; aquí está quien no me dejará mentir; y el papel decía, ni más, ni menos. Señor

Licenciado, ese belitre, que se hace el tuáutem deste negocio, tiene muy malas mañas, y no le alcanza la sal al agua, y todo es carantoñas. Yo quedo la más amarga del mundo, y echada por puertas; y sé, que él, y su mujer me están royendo los zancajos, y le advierto, que si no calla, le ha de costar la torta un pan; y que entiendo poco de filis, que no se ponga conmigo a tú por tú; y me crea, que estoy muy amostazada, de ver que se haga zorrocloco, y nos venda bulas. Que se guarde del diablo, que ahora es todo tortas, y pan pintado, y que todo esotro es andarse por las ramas; y que por mal término, no hay hacer carrera conmigo, que le veré la boca a la pared, y no le daré una sed de agua. Levantose un remusgo, que hasta allí podía llegar, y daban todos diente con diente, y tiritaban de oír tales cosas.

El mozo se ciscó, más ella se estaba repantigada, a lo de mi suegro, (como si fuera el padre) con mucho aquel. Juró que le había de dejar en porreta, si no se casaba; y sobre esto porfiaron, hasta tente bonete. El hijo decía, que él había hecho cala, y cata del negocio, y que le habían de soñar. Que por qué, y por qué no, teniendo ella cojijos, habían de obligarla a que las apeldase, que se iría con el alma en los dientes, y los llenaría de bote en bote, de lo que eran todos; y añadió, que ya el viejo estaba calamocano.

¿Calamocano dijiste? Fue un día de juicio, y sucediera muy mal; si no se echara en chacota.

La mujercilla, que ya tenía asomos del negocio, más engolondrinada que otro tanto, empezó a hacer espavientos, y dijo: Que todo era así al pie de la letra, mas que no había de ser todo echa, y derrueca, supuesto que no habían de poder dar con ellos al traste, aunque los persiguiesen a banderas desplegadas; y que más valía, que por bien se llevasen su buen porqué, y se dejasen de cuentos. El Alguacil decía que les había de poner ras con ras la casa al menorete, hablando de talanquera, con mucho qué me sé yo. El Escribano decía: Yo callaré ahora, mas yo les daré [en] caperuza: Cada uno mire por el virote (dijo el Licenciado) pues ha de ir a todo moler; y no echen de vicio, que podría heder el negocio, más aína que piensan.

El Alguacil, que vio que el Licenciado era de los del asa, y que todos los demás era gente del gordillo, juzgó, que el irse, le venía a pedir de boca. Quitose el sombrero, y ni paula, ni maula, sino viene, y vase. El padre, que vio el mal recado, fuese tras él, dando cosetadas por malos de sus pecados; y esto dio una estampida terrible. Ahí me las den todas, decía la viuda. Replicó el marido: A mí no se me da un ardite, que con andar pie con bola, me reiré de todos.

El Bribón, que vio que esto iba de capa caída, y que iban de romanía, y que el mozuelo traía la sogá arrastrando, y que la muchacha no era amiga de recancamusas, y que tenía garabato, díjola: Aquí no hay sino sus, y alto a casar, que estas son habas contadas.

La Viuda, por una parte no quiso estar a diente; por otra, viendo que el mozo se moría por sus pedazos, estuvo hecha de sal, y muy donosa, diciendo de aquella boca, que daba grima: El maridillo cantó de plano, mientras el Licenciado contemplaba en las musarañas: mas no se le quedó por corta, ni mal echada; y como tomó el negocio a pechos, dijo: A mí se me quedaba en el tintero lo mejor. Y con mucha pausa se fue al padre, y le dijo: Acabemos con este mazacote, que no son menester tantas zarracaterías, ni andar templando gaitas. Cásese, que todos la bailaremos el agua delante, y no se meta en dibujos.

Él, que vio que andaba ya de capa caída, dijo: Una por una, yo me casaré, mas luego roeré el lazo, y otras mil patochadas. Casose, y aunque la boda se hizo a somormujo, todos se repapilaron. El padre le dio una linda tragantona con el dote: encajole todos cuantos cachivaches tenía en casa; y si se quejaba, decía: Que hablaba ad Efesios y que no se gobernase por su caletre, que se quedaría in púribus, que era un maníaco. Y aunque calló entonces, después lloraba los quiries; y propuso de hablarle papo a papo, porque otra vez no se le subiese a las barbas. Con estas cosas le metió las cabras en el corral, y calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba, hecho un bausán. Estaba en cuclillas, detrás de la puerta, la recién casada, oyendo al muchacho, con la oreja tan larga, y entró con un tropel de los diablos. Él, por lo que podía suceder, venía hecho un reloj. La mujercilla estaba de veinticinco alfileres, y le dijo: Para qué se metía de gorra.

Dejéense de filaterías, que una por una, ya están casados (dijo el Licenciado) y si hablamos más, nos echará el gato a las barbas, y volveremos las nueces al cántaro.

Libertad *me fecit*, dijo el hermanillo; y con esto se fueron todos a la deshilada, con muy grandes cojijos, sin respetar el coramvobis del padre, que daba gracias a Dios de ver acabada tan grande carambola.

Fin